

Julio se había dejado caer de nuevo en un sillón, mudo, inmóvil y aterrado.

Samuel, colocado detrás de su amigo, dominó la risa de que tenía llena la boca y luego dijo prontamente:

—Por lo demás, ya que dices que te martirizo, está seguro de que no volveré á hablarte de ello. Aun cuando sepa que se ven todos los días, lléveme el diablo si vuelvo á despegar los labios.

En pronunciando estas palabras, Samuel se salió, dejando que su veneno obrase.

V

Rayo

Julio, que conocía que, en la esencia, Samuel tenía razón, y que la manera más segura de obligar á Lotario y á Federica hubiera sido dejarles libres, en los momentos en que recobraba el dominio sobre sí mismo se dirigía amargos reproches. Su bondad y su innata nobleza se avergonzaban de las cortapisas que ponía al amor de aquellos dos seres, y se sublevaba contra sí, prometiéndose variar de conducta en lo sucesivo, no echar á perder lo que tan bien empezara, y no imitar á esos donadores avaros que luego se arrepienten de su donación y exigen que se la restituyan; pero su carácter voluble no era el más adecuado para mantenerse en tan buenas disposiciones. Tan pronto los vientos soplaban de otro lado, Julio volvía á sufrir, á experimentar zozobras y á sentir arrebatos de mal humor y de cólera. Por más que se hiciese los raciocinios más lógicos del mundo y se demostrase que el rigor no interesaba más á su honra que á su derecho, sus celos eran superiores á su conciencia y á su razón.

Samuel había cambiado de táctica desde el día en que Julio le echara en rostro el haberle traído la noticia del encuentro de Federica con Lotario. Ahora no sólo no hablaba palabra referente á éstos, sino que cuando el conde de Eberbach lo hacía, simulaba desviar la conversación.

Julio, á quien todo le ponía en zozobra, se inquietaba por semejante silencio, y al notar que Samuel se hacía el misterioso, concluía que en realidad había misterio. De ahí que pusiese en prensa el cerebro, é imaginase citas y encuentros fortuitos ó buscados, y tramas y perfidias.

Ahora era Julio quien interrogaba á Samuel.

Si éste sabía algo, ¿por qué no se lo decía? Si nada sabía, ¿por qué no decía que no sabía cosa alguna?

Samuel respondía con toda imperturbabilidad que el modo como había sido recibida su primera confidencia no era para animarle á hacer otras, y que por más que Lotario y Federica se viesan siempre y cuando se les antojase, se guardaría de decirlo.

¿A qué denuncias cuyo único efecto era turbar la tranquilidad de Julio y el amor de sus protegidos? Él no era marido ni espía para seguir el rastro de una cita. Si Lotario y Federica continuaban viéndose, obraban perfectamente, pues se amaban y Julio mismo les había desposado. Lo único que debían á éste era no comprometer su apellido y verse en secreto; y en cuanto á este último extremo lo hacían por tal modo, si es que se veían, que ni el mismo conde podía sospecharlo.

—A bien que—añadía Samuel—el marido, como en todas las comedias, es siempre el último que lo advierte.

Todas estas respuestas de Gelb no contribuían sino á aumentar, á exasperar las congojas de Julio, para quien era evidente como la luz que su amigo sabía algo y que Federica y Lotario continuaban viéndose, con la circunstancia agravante de que ahora lo hacían sin testigos. Y verdaderamente era factible que se viesan, atendidas la situación de un marido á quien su endebles le tenía esclavizado en su aposento y la complicidad de la señora Trichter, la cual, adicta en cuerpo y alma á Federica y á Samuel, no hubiera descubierto cosa alguna, dado que hubiese habido algo que descubrir.

Julio estaba, pues, reducido á la duda ineficaz é inerte, y sujeto á la existencia sembrada de sospechas y de tristezas en que le mantenía Samuel.

Cuando por acaso Federica llegaba al palacio del conde de Eberbach en el momento en que éste y Gelb sostenían una de las conversaciones á que hemos hecho referencia y en las cuales el último se complacía en enconar los enfermizos celos de su amigo, no precisando nada y haciéndose los sospechar todo, Samuel, al verla apearse del coche, decía á Julio:

—Ea, Federica sube la escalera. Comunícale tus sospechas, tan halagadoras para ella. Hazte odioso y ridículo; desempeña los papeles de Arnolfo y de Bartolo. Ya sabes cuánto cautivan á Inés y á Rosina la grosería y la violencia.

Julio, pues, reconcentraba todos sus pesares y no demostraba nada á su mujer; pero como no podía llevar su esfuerzo hasta el buen humor, en vez de sonreír hacía visajes, y aun en ocasiones, por más que se esforzase en dominarse, su sufrimiento se hacía superior á su voluntad y le obligaba á proferir palabras amargas que trastornaban profundamente á Federica.

—¿Pero qué os pasa?—le preguntaba la joven.

—¡Nada!—respondía con acritud Julio.

Entonces la joven interrogaba á Samuel, quien por toda respuesta encogía los hombros.

De esta suerte transcurrió un mes, durante el cual Samuel atizó con creciente ahínco los celos del conde, que de día en día fué poniéndose más lúgubre.

En cuanto á Federica, acogida siempre con reserva glacial, llegó á inspirarle tal temor el ver á su marido, que no entraba en el palacio sin que el corazón se le oprimiese.

La situación, pues, empezaba á hacerse insostenible.

Julio, que veía por modo evidentísimo que iba precisamente por el camino opuesto al que se propusiera, y que de día en día iba desviando de él á Federica, se revolvió contra sí mismo y se decía qué era ya tiempo de emplear otros recursos, como por ejemplo la bondad en su más ilimitada acepción.

—En suma—pensaba el conde,—¿es propio de mi edad y de mi estado, á dos pasos de la sepultura, que me agarre con tal frenesí, por contados días, á una pasión terrenal? Los celos son para la juventud. Además, Lotario y Federica eran abnegados y generosos, y por lo tanto era más del caso tratarles con entera confianza, pues por más que el empleo de

ésta no les refrenara, no estaba destituido para mí de importancia el ser amado y bendecido durante mis últimos días y ver en torno mío sus risueños semblantes.

Tal se decía Julio una mañana en uno de los momentos de cansancio y dejadez que produce la duración de una lucha inútil y en los que nos sentimos dispuestos á hacer caso omiso de todo para disfrutar de tranquilidad y de reposo. Pero ¡ay! lo que apellidan abnegación es con harta frecuencia resultado de la endeblez y de la fatiga.

Julio estaba, pues, resuelto á cumplir sus nuevos propósitos, á dejar en entera libertad á aquellos dos seres á quienes hiciera dueños de sus destinos para después interponerse entre ambos, y, para coronar su obra, decirles: «Sois libres, y no dependéis sino de vuestro corazón y de vuestra lealtad; fio en vosotros y os permito cuanto os permitís.»

Precisamente aquella mañana, Federica debía almorzar con Julio, á cuyo palacio, y atendida su puntualidad acostumbrada, debía llegar á las diez.

Eran éstas menos cinco.

Por fin el reloj señaló la indicada hora.

Julio aguardó cinco minutos, diez, quince; pero Federica no parecía.

A las diez y media la joven no había llegado aún, ni á las once.

Al sonar el mediodía, Julio la estaba todavía aguardando; pero cansado de esperar, tomó tristemente y á solas el chocolate.

—¿Por qué no viene Federica?—decía entre sí Julio.—¿Qué puede impedirselo? De haber alguna causa me hubiera mandado un aviso. ¿Qué significa, pues, su tardanza?

De nuevo se apoderaron del conde los malos pensamientos, los cuales le sugirieron el deseo de saber dónde estaba Lotario, á quien no viera de tres días á aquella parte. Al efecto mandó á preguntar por él á la embajada, con encargo, de encontrarle, de que inmediatamente pasase á verse con su tío.

El criado á quien Julio enviara á la embajada, volvió trayendo la noticia de que Lotario había salido súbitamente el día anterior, para el Havre, donde debía asistir al embarco de emigrantes alemanes.

Julio recordó que, en efecto, Lotario, la última vez que le viera, le había manifestado que tenía que llenar aquel deber,

y que para cumplirlo podía verse obligado á partir cuando menos lo imaginase.

Enojado al ver que resultaban inútiles sus buenos impulsos, el conde de Eberbach se puso todavía más triste y taciturno.

Julio no acertaba á explicarse porqué la coincidencia de la partida de Lotario y de la tardanza de Federica le causaba una impresión penosa.

Sin embargo, ¿qué más sencillo? ¿Acaso Federica no podía haberse visto detenida por mil causas, por una indisposición, por haberse caído una herradura á un caballo, ó por haberse roto el eje del carruaje en medio del camino? Además, la joven podía haber olvidado su promesa, ó no haber comprendido que su esposo la aguardaba para comer.

En cuanto á Lotario, su obligación le llamaba al Havre, y como no era libre de no ir, había hecho bien en emprender el viaje, máxime cuando la carretera que conducía á dicha ciudad no pasaba por Enghién.

Pero pese á sus reflexiones, Julio estaba desasosegado.

A las tres de la tarde, al ver que Federica no había parecido, el conde no fué ya dueño de sí é hizo enganchar para ir á Enghién á enterarse de *visu* de lo que pudo haber ocurrido; mas detúvole una reflexión. De ir personalmente, se exponía á cruzarse en el camino con Federica, á no verla, á llegar á Enghién en el momento que ella llegase á París; esto sin contar que la joven no tomaba siempre por el mismo camino.

Para no dejar de verla, pues, lo más seguro era no moverse del palacio y mandar por ella. A este efecto envió á su criado de confianza, llamado Daniel, con orden de azotar los caballos y estar de regreso antes de dos horas.

Poco más ó menos una hacía que el criado partiera, cuando Samuel entró en el palacio, lo más sereno y risueño del mundo.

—¿Qué tienes?—preguntó Gelb á su amigo advirtiéndole á la primera mirada el desasosiego de éste.

Julio le hizo notar la inexplicable tardanza de Federica.

—¿Esto te trastorna el alma y el cuerpo?—dijo Samuel soltando una carcajada.—Ya no me admira el efecto que te producen otros asuntos más graves. Sosiégate; la tardanza de Federica obedecerá á un ataque de jaqueca, á que haya tenido que probarse un vestido, á una nonada. Hombre ¿vas

á exigir ahora puntualidad militar á una joven que habrá pasado por delante de un espejo y se habrá olvidado de mirarse á él? ¡Vaya una razón para sobresaltarse! Ya te digo yo que me harías reír de buena gana si me quedase tiempo para ello. Y volviendo la hoja, ¿sigues bien? Si es así, adiós.

—¿Te vas?—preguntó Julio, que quisiera haber tenido á alguien á su lado para distraerlo durante la hora de impaciencia que tenía que matar.

—Sí—respondió Samuel;—al pasar por delante de tu casa he entrado sólo para ver cómo estabas, pues me llama á otra parte un asunto urgente.

—¿No comes conmigo?

—Me es imposible; estoy invitado á una comida política á la que no puedo faltar.

—A lo menos aguarda á que llegue Federica.

—No puedo—profririó Samuel;—como en Maisons; son las cuatro y cuarto y apenas me queda el tiempo suficiente para llegar con puntualidad. Se trata de una entrevista importante... pero ¿qué me aprovecharía hablar? Tampoco te ocupas ya en política. Como quieras; mas advierte que abandonas la partida en el momento decisivo. Yo de mí sé decirte que no pienso absolutamente en nada más y que estoy metido de hoz y de coz en ella. Hoy como con los hombres que se forjan la ilusión de guiar el movimiento, cuando en realidad, yo te lo garantizo, van á seguirle.

—Basta—interrumpió Julio.

—¿Tan poco te interesa lo que te digo?—preguntó Samuel.

—Sí, en primer lugar porque eso se me da de la política, luego porque he conservado relaciones en la corte de Prusia, adonde escribo una que otra vez.

Samuel fijó una escrutadora mirada en su interlocutor.

—Lo que tú me dirías—prosiguió Julio un tanto cortado—podría transparentarse, contra mi voluntad, en mi correspondencia, y al dar en Berlín el eco, repercutir en París. Así pues, te ruego que no me hables de política.

—Como quieras—repuso Samuel;—pero son ya las cuatro; adiós.

—¿Volverás?—preguntó Julio.

—No; me tendrán sujetado allá hasta hora muy avanzada de la noche, y me iré directamente á dormir en Menilmontant.

—Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana—dijo Samuel, marchándose y dejando á Julio solo y entregado á sus dudas.

Tres cuartos de hora hacía que Gelb partiera, cuando Daniel llegó al galope.

Al ruido que el coche produjo al entrar en el patio del palacio, Julio se fué presuroso á una ventana, y al ver que no se apeaba sino el criado, voló hacia la escalera, desde la cual preguntó á éste qué novedades ocurrían.

En el rostro de Daniel se pintaba el azoramiento más profundo.

—¿Qué tenéis?—le preguntó el conde.—¿Habéis visto á Federica?

—La señora condesa ha salido de Enghién—respondió.

—¿Que ha salido de Enghién! ¿Y cuándo?

—Esta mañana.

—¡Esta mañana! ¡y no está aquí!—exclamó Julio.

Y arrastrando á Daniel hasta el interior del aposento, profirió con voz airada:

—¡Prontol decidme lo que sepáis.

—La señora condesa—repuso Daniel—ha salido de Enghién muy de madrugada en compañía de la señora Trichter.

—¿Para venir aquí?

—No, señor conde, pues ha ido por ellas una silla de posta. La señora condesa y la señora Trichter han pasado la noche arreglando maletas, y han partido solas las dos, sin comunicar orden alguna á los criados, que creen que este viaje lo hacen las señoras de acuerdo con vuecencia.

Julio no sabía qué decir. Por la mente le cruzó súbito una sospecha terrible: Lotario se había fugado con Federica.

—Ahí por qué Lotario ha partido para el Havre—dijo entre sí el conde.—Tal vez en este instante se embarcan para ir á aguardar allende el Océano mi muerte, la muerte de un marido molesto que se obstina en vivir, y á recabar un anticipo de una dicha demasiado lenta en realizarse.

¡Ah! ¡así era como Lotario y Federica le pagaban lo que había hecho por ellos, el buen pensamiento que le animara aquella mañana misma! ¡En el instante en que él tomaba la resolución de hacer un nuevo sacrificio, de permitirles que se amasen y se lo dijesen, ellos le ofendían, le traicionaban, pisoteábanle la honra! La ingratitud no aguardaba siquiera el beneficio.

—¿Nada más?—preguntó el conde con calma terrible, una vez Daniel se hubo explicado.

—Al recorrer los aposentos de la quinta—respondió el criado,—sobre la chimenea del dormitorio de la señora condesa he encontrado una carta sellada, pero sin dirección.

—¡Dádmela!—dijo con aspereza Julio.

—Tomad.

—Está bien, idos.

—¡Sellada con el sello de Federica!—murmuró el conde mientras contemplaba la carta y la revolvía entre los dedos.

—¡Y sin dirección! ¿Para quién es esta carta? ¡Ah! no faltaría sino que ahora me andase con escrúpulos.

Y rompiendo con ira el sello, la leyó, temblando cual hoja sacudida por el viento.

Decía así la mencionada carta:

«Amigo mío: Me dijisteis que dejase para vos, en Enghién, un billete en el que os indicase la hora en que me pongo en camino. Ahora son las siete. Así pues, si vos partís á mediodía, os llevaré cinco horas de delantera.

»Os aguardaré en el sitio que hemos convenido.

»Ya veis que os obedezco ciegamente. Sin embargo, no abandono esta casa sin experimentar una inexplicable congoja. A vos os asisten todos los derechos, no sólo el de aconsejar, sino también el de ordenar, y aquello es siempre aceptable que vos queréis; pero esta especie de fuga me llena de espanto.

»A la buena de Dios.

»Es indudable que la existencia que llevábamos no podía durar, y que esta crisis violenta ofrece á lo menos una probabilidad de dicha.

»Apresuraos á reuniros conmigo, pues sola voy á perecer de miedo.

»Vuestra

•FEDERICA.»

Julio estrujó la carta entre los dedos, y exclamó con voz dolorida:

—¡Lotario! ¡Lotario! ¡infame!

Y cayó de espaldas, con los labios llenos de espuma y lívido como un cadáver.

VI

Banquete político

Dos horas después de haber salido del palacio del conde de Eberbach, el coche de Samuel Gelb atravesaba, en Maisons, la verja de una grandiosa quinta, cuyo vasto parque, adosado al bosque, en la parte opuesta sólo estaba limitado por el río.

En tan espléndida y espaciosa quinta era donde un banquero popular entre la burguesía reunía en torno de su mesa, una ó dos veces á la semana, á los principales representantes de la opinión pública.

Samuel Gelb se había hecho presentar al dueño de la casa por el individuo mismo que le pidiera le pusiese en contacto con los jefes de la Tugendbund, y del cual exigiera, en cambio, que le relacionase á él con los jefes del liberalismo.

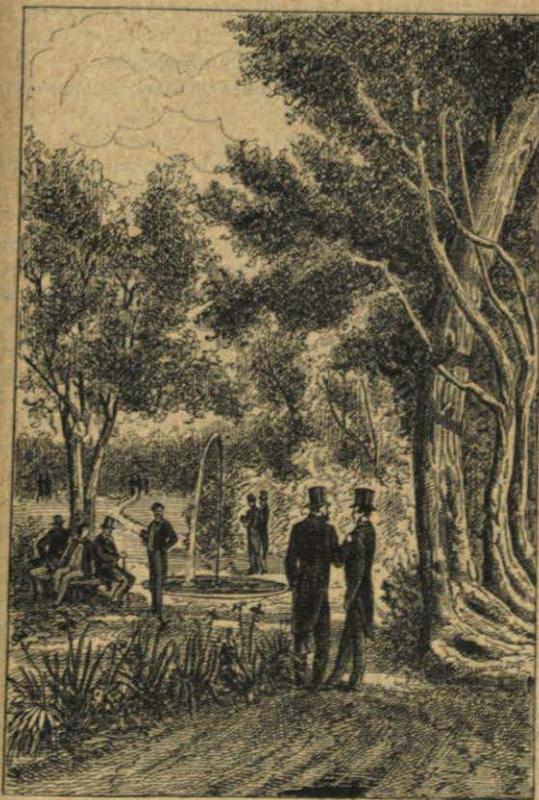
Dos días después de su presentación, Gelb recibió una invitación para asistir á la comida del siguiente.

Al salir del palacio de Julio, Samuel pasó á recoger á su introductor, y ambos se encaminaron á Maisons, donde aquel día había gran confida.

Parte de los convidados había llegado ya, y los otros iban llegando.

Una vez hubieron saludado al banquero, Gelb y su amigo se encaminaron al parque para reunirse á los convidados, los cuales, mientras llegaba la hora de sentarse á la mesa, se estaban paseando por parejas ó por grupos.

El introductor de Samuel se abocó acá y allá con algunos de los paseantes, cruzó con ellos cuatro frases vulgares,



Parte de los convidados había llegado ya...

les estrechó la mano, y luego informó á su amigo de quiénes eran éstos.

Sin embargo, bajo esta apariencia de acogimiento fraternal que los jefes liberales dispensaban al compañero de Samuel, se notaba una mortificación y una reserva patentes.

Él mismo lo hizo observar á Gelb, diciéndole:

—No me engañan sus apretones de mano; sé que no me llevan ninguna buena voluntad.

—¿Y eso?—preguntó Samuel.

—Porque son ambiciosos y yo no lo soy; porque yo sirvo la causa por la causa y ellos la sirven para sí. Desde que esto saben, me miran como una especie de reproche viviente. Su concupiscencia se avergüenza de mi abnegación; para ellos soy un desertor del interés, un traidor al egoísmo. ¡Ay! ¡como vos supieseis cuán pocos hay, entre esos tribunos y esos defensores de la libertad, que no desean sino su propio influjo! Les he frecuentado, y he sentido encendérsese de vergüenza las mejillas. Me temen y se apartan de mí, cual si yo fuese su conciencia; mas no por esto me inspira odio alguno la mala voluntad que me llevan; lo único que hago es pagar con mi indiferencia la suya. ¡Como no trabajo para ellos!

—Tampoco yo—dijo Samuel;—ni el pueblo. Dejémosles que sigan en sus mezquinas y tenebrosas maquinaciones; dejemos á los topos que abran su hoyo debajo de los vacilantes privilegios y de las decrepitas instituciones de lo pasado; quedarán aplastados entre las ruinas. La revolución que esos hombres descreídos y sin fuerzas están preparando, no satisfará sus ruines cálculos. Levantarán la esclusa, pero la corriente les arrastrará.

En esto sonó la campana, á cuyo llamamiento los convidados se encaminaron hacia un comedor inmenso, rutilante de luz y atestado de vajillas de plata cinceladas.

La comida fué espléndida.

Profusión de vinos raros, pescados extraños, frutas exquisitas, flores descomunales en descomunales jarrones de Sevres y del Japón, un regimiento de criados, y en un bosquecillo del jardín una orquesta cuya música llegaba de un modo vago en alas del viento, lo bastante clara para acompañar la conversación sin ahogarla; todo contribuía á la cabal satisfacción de los sentidos.

Con lo que costó aquella fiesta, pudieran haberse alimentado tres familias por espacio de un año.

—¿Quién sospecharía—dijo Samuel al oído de su interlocutor—que vamos en camino de fundar una democracia?

Durante la comida había demasiados oídos abiertos en torno de los comensales para que la conversación no se mantuviese en los límites de las generalidades.

Samuel se desquitó de este silencio forzoso estudiando en el rostro de cada uno el alma de aquellos hombres que tenían la pretensión de hacer una revolución y luego dominarla.

Había, en efecto, en torno de aquella mesa una colección de personajes que merecían ser examinados por un observador curioso, y el primero el dueño de la casa.

Verdaderamente era éste el agente de una revolución, el tercero dúctil y simpático de las opiniones que buscaban emparejarse, el lazo de unión entre las ideas y los hombres. Acostumbrado por su oficio de banquero á las especulaciones financieras, de las que siempre había salido bien librado, estaba dispuesto á las políticas, á las que aplicaba la osadía y la amplitud que á aquéllas. Era el tipo del burgués popular. No tenía el apasionado vigor que arrastra á la plebe á las plazas públicas; pero en un salón estaba irresistible. Samuel sondeó de una mirada el poder superficial y la dominación mujeril de aquel hombre, de quien se ha dicho con tanta exactitud que había no conspirado, sino hablado en pro del duque de Orleáns.

A la derecha del banquero estaba un coplista célebre, académico, diputado y ministro desdeñado, ingenio y gloria desconocido, instalado, hacía un mes, en la quinta, y que hablaba de su buhardilla y de sus zuecos sabroseando al par un vaso de vino de Tokai.

Frontero de Samuel había un abogadillo historiador y periodista, de voz áspera y chillona y cuya charla sempiterna desgarraba los tímpanos á sus vecinos. Hablaba de sí á trochemoche, del artículo que por la mañana publicara en el *Nacional* y de la historia en la que redujera á sus justas proporciones las grandes figuras de 1789.

El resto de los convidados se componía de periodistas, fabricantes y diputados, partidarios todos de la opinión liberal; pero unos afiliados á la fracción revolucionaria, cuya temeridad iba casi hasta soñar con derribar al rey

para poner otro en su lugar; otros pertenecientes á la fracción doctrinaria que quería cambiar la política y no los hombres, y no anhelaba sino la conservación de Carlos X, con tal que éste modificase sus principios políticos; porque bueno es saber que entre aquellos fieros voluntarios de la libertad no había ni uno que tuviese la audacia de mirar más allá de la carta.

En comiendo, los convidados pasaron al jardín.

Las delicadas emanaciones de las floridas lilas embalsamaban el tibio ambiente de aquella noche de mayo.

El café estaba servido en un cenador de follaje en el que las bujías y las lámparas formaban una como isla de luz en medio de las sombras que cubrían las alamedas.

La conversación se mantuvo todavía y por espacio de algún tiempo en el terreno de las generalidades, hasta que uno tras otro casi todos los convidados se despidieron y regresaron á París.

Una vez no quedaron sino los íntimos y los principales jefes, siete ú ocho en conjunto, el dueño despidió á los criados, é inicióse la conversación sobre la política y la conducta que la oposición debía observar en la prensa y en las cámaras.

No necesitamos decir que Samuel, que no había ido á Maisons para comer y beber á expensas del banquero, figuraba entre los que se quedaron, de los cuales ninguno pareció sorprendido ni empachado de su presencia; antes al contrario, los jefes de la revolución burguesa no sentían hacer gala de su presentación y de su importancia ante un extraño afiliado en la Tugendbund.

—Y bien, señor Samuel Gelb—dijo el banquero dirigiéndose directamente á éste, como para autorizarle á que participase de aquella conversación más íntima,—¿qué os parece el modo como nos conducimos en Francia? Espero que no habréis quedado del todo descontento de nuestro atrevido manifiesto de los doscientos veintiuno.

—A mi ver sobra en él una frase—contestó Samuel.

—¿Me hacéis el favor de decirme cuál?—preguntó el historiadorcillo-periodista.

—El manifiesto de los doscientos veintiuno—repuso Samuel—termina, si la memoria no me es infiel, con esta frase: «La carta ha hecho del concurso permanente de las miras políticas de vuestro gobierno con los deseos de vuestro

tro pueblo la condición indispensable para la marcha regular de los negocios públicos...»

—«Sir—añadió el banquero, terminando con complacencia la frase,—nuestra devoción y nuestra lealtad nos fuerzan á deciros que tal concurso no existe.»

—Sí, la esencia es bastante enérgica—repuso Samuel,—pero se me atragantan estas palabras: *vuestro pueblo*. ¿Acaso puede decirse en el siglo décimo nono que un pueblo pertenece á un hombre, como un rebaño de carneros ó un talego á los cuales puede vender ó derrochar á su antojo?

—Tal vez os asista la razón—dijo el periodista,—pero ¡bah! ¿qué importa una frase?

—En tiempos de revolución—arguyó Samuel,—una frase equivale á un acto. Y no sois vosotros los que podéis negar el poder omnímodo de ellas, cuando contra Carlos X, sus soldados y sus curas no empleáis sino una: la Carta.

—Carlos X no ha sido de vuestro dictamen—replicó uno de los presentes,—pues no ha hallado el manifiesto bastante suave y deferente. De buenas á primeras ha contestado á él aplazando la apertura de las cámaras, y no satisfecho todavía, en este momento se dispone á disolverlas.

—¿Está realmente decidida la disolución?—preguntó el banquero.

—Uno de estos días aparecerá el decreto en el *Monitor*—dijo el historiadorcillo.—Esta noche lo anuncio en el *Nacional*. Guernón-Ranville se había opuesto á ello con energía y manifestado al rey que se comprometía á declarar la guerra á la cámara en un asunto en que la opinión estaba en pro de ésta; pero el rey ha atropellado por todo, y Guernón-Ranville, obligado á ceder, no se ha atrevido ni á presentar su dimisión, temeroso de que pudiesen decirle que abandonaba al rey en el momento del peligro.

—Pero—replicó Samuel al historiador, á quien tenía empeño en hacerle hablar—la disolución de la cámara implica nuevas elecciones. Y decidme, ¿no determináis presentaros candidato por algún distrito?

—Ni siquiera soy elector—respondió amargamente el abogado.

—¡Bah!—profriró Samuel,—las circunstancias os vendrán de perilla, máxime cuando tenéis la suerte de no ser paísiense. París es el mar y nadie sobrenada en él. En cambio en una ciudad de provincias el mérito descuella inmedia-

tamente. Es imposible que un hombre de vuestro fuste no llene con su gloria la pequeña ciudad de Aix (1).

—Sois bondadoso por demás—repuso el provenzal, gratamente halagado de su amor propio.—Efectivamente, creo que no soy del todo desconocido ni impopular en mi ciudad natal, y que mi candidatura no sería mal acogida en la Provenza. Mas para entrar en la cámara es menester figurar entre los contribuyentes, y mi fortuna se reduce á una acción del *Constitucional*. ¡Pobre *Constitucional*!—añadió el abogadillo volviéndose hacia el banquero—anda bien de capa caída desde que, gracias á vuestra ayuda y á vuestra generosa caja, Mignet, Carrel y yo hemos podido fundar el *Nacional*.

—No os apuréis, mi querido amigo—profriró á media voz el banquero.—Ya que el talento no basta para darle á uno representación en las cámaras, y ante todo es menester dinero, yo que lo tengo me ingeniaré para que seáis elegible en las primeras elecciones. No, no me deis las gracias, pues si voy á trabajar para llevar á la tribuna á uno de los hombres más capaces de combatir y vencer en ella, es en pro de la causa que servimos. Y á propósito, ¿cómo marcha el *Nacional*?

—Admirablemente; metemos un ruido de cincuenta mil demonios. Mi artículo de ayer, titulado: *El rey reina y no gobierna*, ha hecho chillar á la prensa ministerial.

—Y ¿qué tal es Armando Carrel?—preguntó Gelb, que empezaba á estar ahito del historiadorzuelo.

—Un matón, ya se trate de empuñar la espada como de esgrimir la pluma. Es un valiente que no retrocede ante una idea ni ante un hombre; pero á las veces también nos pone en un aprieto, pues nos compromete y nos fuerza á ir más allá que no quisiéramos. Sin embargo, como tiene á gloria batirse y defender sus artículos, le dejamos completa libertad de acción.

—También podéis hacer que se bata en defensa de los vuestros—dijo Samuel.

—Esto hacemos—contestó con candidez el periodista.

Al examinar el alma de aquel caudillo del pueblo, Sa-

(1) En este párrafo diferimos algo del original, á causa de haber en él un juego de palabras intraducible. Sin embargo, hemos procurado ceñirnos al texto lo más rigurosamente posible. (N. del T.)

muel no pudo menos de sonreírse del modo amargo que le era peculiar.

—Me asocio—repuso éste—á la opinión que tenéis formada del *Nacional*. No obstante, me atrevería á haceros una advertencia, si me lo permitieseis.

—Podéis hablar; á mí me gusta la discusión.

—Desde el principio de su publicación, todos los días leo el *Nacional*, y sé deciros que á pesar de mi asiduidad y de mi atención, todavía no he logrado comprender del todo qué quiere. Veo claramente que ataca al gobierno; pero una vez caído éste, ¿con qué piensa sustituirle? ¿Con la república acaso?

—¡La república!—exclamó el periodista—¡la república!

—¿Por qué no?—repuso con flema Samuel Gelb.—Me parece que la saña con que atacáis al trono no es con el intento de afirmarlo.

—¡La república!—repitió el periodista despavorido.—Para que la república fuese posible sería menester que hubiese republicanos. ¿Y en Francia quién lo es? La Fayette ¡y aun! algunos soñadores y algunos fanáticos. Además, está todavía demasiado fresco en la memoria el recuerdo de la revolución de 1793; el cadalso, la bancarrota, la guerra con Europa, Dantón, Robespierre y Marat levantarían sus ensangrentadas sombras y hombre alguno honrado seguiría al que se atreviera á enarbolar la ensangrentada bandera de la república.

—Parecíame—objetó Samuel—que en vuestra Historia habíais estado menos severo con los terribles personajes y los horrosos acontecimientos del 93, y que si no ensalzado, habíais excusado la mayor parte de los excesos de esa época grande y siniestra.

—He dicho los responsos—profriró el historiador,—pero no quiero que resuciten los difuntos.

—Desde los tiempos de Lázaro ya no hay quien resucite—replicó Samuel,—y yo no creo en los aparecidos. El temer que Robespierre y Marat salgan de sus tumbas es bueno para los niños. No os dé mala espina, están demasiado bien enterrados para que puedan levantar cada uno de ellos su respectiva losa antes no suene la trompeta del juicio final, y reaparezcan al revolver de cada esquina. No se trata de ellos, sino de los principios que ellos sustentaron á su modo; modo sangriento, inhumano, que no defiende y que no halla re-

paro, si me lo exigís, en decir que infirió más perjuicios que no beneficios á la causa á la cual pretendían servir. La sangre que aquellos hombres derramaron mancha todavía á la democracia; vos mismo, teniendo como tenéis el carácter tan independiente, después de cuarenta años no os atrevéis aún á abogar por la república, temeroso de encontraros con ellos. Pero, os lo repito, muertos y bien muertos están. Sus violencias, posibles en el ardor de la primera lucha, asumirían hoy, á más de lo horrendo del crimen, lo ridículo del anacronismo. Prescindamos, pues, de lo que ha hecho la revolución y aprovechémosnos de sus ideas.

—Nada de república—dijo con viveza un redactor del *Globo*, filósofo conocido por sus juegos de vocablos, racionador estimado por sus argucias, y que mientras Samuel estuvo hablando, cruzara con el redactor del *Nacional* algunos encogimientos de hombros;—la república es el gobierno de todos; como si dijéramos, los carneros rigiéndose á sí mismos.

—Vale más que los rija el matarife, ¿no es así?—dijo Samuel.

—Precisa que haya pastor y perros.

—O lo que es igual, un rey y una aristocracia—repuso Gelb.

—Un rey, sí—profririó el redactor del *Globo*;—en cuanto á la aristocracia, por desgracia no nos encontramos en Inglaterra. La revolución, al dividir las tierras y las fortunas, acabó con la aristocracia francesa; pero si no con la de los pergaminos, contamos con la del dinero, con la burguesía.

—Tenéis razón—contestó Samuel, que no pudo dominar un gesto de desdén;—la burguesía es el dinero. ¡De modo que al atacar á una monarquía de catorce siglos, á un derecho tan antiguo como Francia, á un gobierno que es casi una religión, no os mueve otro fin que el de sustituirlos con el reinado del dinero, por la aristocracia del mostrador y la soberanía de la tienda!

—Vale más la tienda que la calle—dijo el historiadorzuelo. —Nunca formaremos causa común con el gobierno del *populacho*.

—¡Todavía dicen del populacho!—murmuró Samuel; y en voz alta añadió:—¿Y dónde me dejáis al pueblo en vuestra combinación?

—¿Dónde queréis que le dejemos?

—Para nada debemos ocuparnos en lo á que vos apellidáis pueblo—repuso el abogado provenzal,—pues nada podemos hacer por él. Obra es de los que tienen actividad é inteligencia el salir como les sea posible de las clases inferiores y tomar sitio entre los que valen. La sociedad no puede ocuparse en todos, y á despecho de todas las cartas y de todas las constituciones, habrá siempre gran número de ciudadanos que gemirán en la miseria. Podemos dolernos de esta pobreza, pero no nos cabe sino resignarnos á que exista. ¿Para qué volver los ojos hacia esa muchedumbre revuelta, ignorante y vil, en medio de la cual descubrimos desdichas á las que no podríamos llevar alivio alguno ó crímenes que debemos castigar? Cuanto nos es dable hacer en pro del pueblo, es no ocuparnos en él, y esto hacemos.

—Perdonad si os interrogo—repuso Samuel con semi velada ironía;—pero siendo, como soy, extranjero anheloso de instruirme, necesito estar al corriente de vuestros intentos para adaptar á ellos la conducta de la Tugendbund. ¿Así pues, el único fin que os proponéis es sustituir la nobleza por la burguesía en el gobierno público?

—A lo menos nuestro principal objeto—respondió el banquero.

—¿Pero de qué medios pensáis valeros para decidir á Carlos X á que acepte esta transformación que, de jefe de la nobleza como es, le convertiría en esclavo de la clase media?

—De ser todos como yo—dijo el periodista,—no habría para qué decidir á Carlos X.

—¡Qué! ¿prescindiríais de su consentimiento?

—No será posible adelantar un paso—repuso doctoralmente el periodista—mientras tengamos por rey á un heredero directo de los derechos y de las preocupaciones de los antiguos. La desgracia está en que no ocupe el trono un rey que participe de nuestras opiniones, semi revolucionario para halagar al pueblo y semi Borbón para inspirar confianza á los gobiernos extranjeros; un rey hechura nuestra, egida de nuestras ideas.

—Ese rey existe—dijo el banquero, aspirando ruidosamente.

—¿Quién es?—preguntó Samuel.

—¡Hombre!—dijo el banquero al oído de Samuel y guiñando con gesto amable,—S. A. R. el duque de Orleans.

—¡Ah! ¿conque es cierto lo que me dijeron—repuso Samuel,—esto es, que el *Nacional* fué fundado con este objeto?

—Por desgracia—dijo el abogado de Aix mirando al redactor del *Globo*,—no todos nuestros amigos piensan como nosotros. Los hay que creen en la posibilidad de conservar la rama primogénita, amoldándola á las exigencias del tiempo; que tienen apego á su vieja dinastía, árbol desecado ya, sin hojas y sin flores.

—Si aludís á mí—replicó el redactor del *Globo*,—ya sabéis que me paso el día peleándome con mis colaboradores. De buena gana os los cedo, desde Cousin hasta Guizot y desde Broglie hasta Royer-Collard; todos ellos hombres que no saben qué quieren, teóricos anfibios que no hacen sino desbaratar y que con un pie en lo pasado y el otro en lo porvenir caen de bruces entre estos dos extremos. Yo escribo como ellos, pero pienso como vos.

—Dejemos á esos viejos que se gasten—dijo el redactor del *Nacional*.—Nosotros formamos la guardia joven.

—Interin llega la hora de dar—preguntó Samuel,—¿qué actitud pensáis asumir?

—Nos ampararemos á la sombra del pacto estipulado entre el rey y la nación. Todo para la legalidad y por la legalidad.

—¿Y nada para la revolución?—preguntó Gelb.

—Las revoluciones se devoran á sí mismas—respondió el periodista;—1793 trajo á 1815. Abomino de las revoluciones, por lo que me repugnan las reacciones. Lucharemos en nombre de la causa, y esto nos bastará para triunfar, porque de no ceder el trono, no hay remedio para él. Encerraremos lo dinastía en la carta, como en la torre de Ugolino.

La conversación se sostuvo todavía por algunos minutos más en esté terreno.

Samuel aprovechó el tiempo para estudiar más á fondo á aquellos hombres diestros y corrompidos, de mediana inteligencia y poco arraigadas convicciones, pobres de corazón y de espíritu mezquino, y vió al talento y al dinero servirse el uno del otro, halagándose mutuamente en la apariencia y despreciándose á so capa. El banquero creía engañar al periodista, quien sacaba provecho del banquero.

Gelb estudiaba con mirada escrutadora, al través de la simulación de que hacían gala, á aquellos ambiciosos egóistas que en la revolución que estaban tramando, no veían sino

su interés ó su vanidad, é iban á derribar un trono de catorce siglos para convertirlo en escabel de un ministerio de seis meses.

Muy tarde era ya cuando se disolvió la reunión.

Samuel se volvió solo, en su coche, á Menilmontant.

—Todo marcha á pedir de boca—dijo éste entre sí.—A despecho de esos muñecos, se preparan importantes acontecimientos. La grandeza de la democracia estriba en que no necesita mejores instrumentos que esos. El alfarero de Horacio que quiso labrar una ánfora y produjo una olla; esos sueñan en un altibajo de príncipes, y provocarán una revolución social. ¡Cuánto va á divertirme su extrañeza! Yo me acuerdo de la gran revolución francesa, de la Bastilla y del pueblo del 10 de agosto. En ese gran crisol es donde quiero que lo porvenir se temple de nuevo. Por más que ellos calumnien al pueblo, tengo confianza en él. No porque desde la toma de la Bastilla el pueblo haya obrado los milagros heroicos del imperio, tenemos que considerarle degenerado. ¡Cómo va á barrer á todos esos necios é ineptos revolucionarios palacios cuya ambición toda la cifran en trasladar el trono desde el Palacio real á las Tullerías! El pueblo, ese pueblo coloso al cual Mirabeau y Dantón no pudieron gobernar y que Napoleón sólo pudo dominar cubriéndole de gloria, no se dejará conducir por esos pigmeos. Todo me sale bien en estos momentos. Las intriguillas de esos banqueros y de esos abogados colaboran al logro de mi ambición infinita, así como las rencillas entre Julio y Lotario están labrando á estas horas el pedestal de mi amor sobrehumano. ¡Ah!—murmuró Samuel al llegar aquí de su soliloquio y trayendo á la mente su otra maquinación—¿qué le habrá pasado esta tarde á Julio? ¿Qué habrá pensado, qué habrá hecho al saber la desaparición de Federica? Probablemente habrá ido ó enviado á mi casa. De fijo que en cuanto llegue á ella voy á saber algo!

En estas reflexiones estaba sumergido Samuel, cuando el coche se detuvo.

Gelb había llegado á su casa.

VII

La afrenta

—¡Ah infame Lotario!—había exclamado Julio cayendo de espaldas al terminar la lectura de aquella carta fatal en la que Federica anunciaba la hora de su partida á un amigo á quien no nombraba.

Un criado que estaba en la pieza contigua al cuarto del conde, acudió inmediatamente al oír el ruido que produjo la caída de éste, y pidió auxilio.

Algunas gotas de éter bastaron para hacer volver en su acuerdo á Julio.

—¿Quiere acostarse el señor conde?—preguntó Daniel.

—¡No!—exclamó Julio que, con el conocimiento, había recobrado su furor y su desesperación.—¡No! ¡no es este el momento de dormir! Muy distinto es lo que tengo que hacer ¡vive Cristo! ¿Todavía no está enganchado el coche?

—Creo que sí—respondió Daniel,—pero los caballos no pueden más.

—¿Que enganchen otros!

Daniel se salió.

—No necesito de nadie—dijo Julio á los demás criados, que á la continuación de su amo desaparecieron.

Y es que el conde tenía necesidad de estar solo, pues las miradas de aquéllos le incomodaban y ofendían.

Interin preparaban el coche, Julio se paseaba por la estancia, impaciente y colérico, rechinando los dientes, cerrando las manos y profiriendo palabras incoherentes.

—¡Lotario!...—decía.—¡Está bien!... ¡Ya verán!... ¡Y ella con su porte de virgen!

En esto pareció de nuevo Daniel para prevenirle que los caballos estaban enganchados.

Julio tomó su sombrero, bajó precipitadamente, y dijo al cochero:

—¡A Enghién á escape!

¿Por qué iba Julio á Enghién, constándole como le constaba, que no hallaría allá á Federica? A pesar de la fiebre y del delirio que tan repentina conmoción introdujeran en sus ideas, no esperaba que su mujer, arrepentida al llegar al primer relevo y pensando en que hundía hasta el mango un puñal en mitad del pecho de un hombre que no la dispensara sino bienes y cuya sola sinrazón consistía en haberla amado con exceso, avergonzada de su ingratitud habría retrocedido y que sería ella la que acudiría á abrirle la puerta, humilde y sonrojada y pronta á desarmarle confesándole su malhadado designio.

No. Julio no esperaba eso; pero tenía necesidad de obrar, de moverse, de ir. Parecíale que el traqueo y el ruido de los caballos y de las ruedas le impedirían oír los gritos de su pensamiento y que aquel áspero mecimiento adormiría poco ó mucho su rabia. Demás, ya que no á Federica, tal vez hallaría algo perteneciente á ella, algunas huellas, algún indicio que le indicaría el camino que ésta pudo tomar; porque era obvio que el flemático é indiferente Daniel nada había visto.

Julio bajaba de cuando en cuando el cristal delantero, é invitaba al auriga á que apresurase la marcha.

En efecto, el cochero no hacía sino llevar á los caballos con la rapidez del huracán.

Sin embargo, llegaron á Enghién.

Al entrar en el patio, Julio no pudo menos de experimentar una congoja. En aquel instante y pese á todos los raciocinios y á la evidencia, no pudo sustraerse á la creencia supersticiosa y quimérica de que Federica no había partido ó estaba de regreso y que iba á aparecer risueña en lo alto de la escalinata; pero ¡ay! en la escalinata no encontró sino á un criado á quien atrajera el ruido del coche, y al cual no se atrevió aquél á preguntar si Federica estaba en la quinta.

El conde, haciendo de tripas corazón, entró en las habitaciones, después de prohibir que nadie le siguiese, y una tras otra recorrió todas las piezas de la quinta, no perdiendo ni por un segundo la esperanza de que á lo mejor hallaría á su esposa, sustentando la íntima convicción de que ésta no le había oído ó de que se estaba todavía vistiéndose para recibirle.

Pero todas sus esperanzas quedaron defraudadas: la quinta estaba vacía.

Julio entró en el aposento de Federica, se encerró en él, y lo registró todo, papelería, mesa, cajones; pero no halló nada, ni una carta, ni una línea. Los armarios estaban abiertos y desahajados. Federica había partido como quien no debe volver.

Del conde de Eberbach se apoderó un desaliento lúgubre. En aquel aposento desierto y vacío, recordó que lo que ahora le sucedía con Federica, le había pasado casi con idénticas condiciones, con Olimpia, y que era la segunda vez que se encontraba con muebles abandonados.

—¡Ah!—dijo entre sí con amargura—no he nacido sino para encontrar aposentos y corazones vacíos.

Y dejó caer la cabeza entre las manos, y vertió algunas lágrimas que le humedecieron los enflaquecidos dedos.

Luego y con el corazón algo desahogado, murmuró:

—¡Qué necio he sido al enamorarme de esa niña! Yo me estoy muriendo y ella viene á la vida. ¡El invierno enamorado de la primavera! ¡Menguado de mí! ¿es menester por ventura que yo acabe, que me muera, para que ella empiece? Es imposible que armonicemos.

Pero cambiando prontamente de disposiciones y levantándose con celeridad, exclamó con braveza:

—¡Es una infame, pues paga con la ingratitud y la traición cuanto he hecho en su pro! Ha envenenado los contados días que de vida me quedan, cuando le estaba preparando una existencia de abundancia, de amor y de gozo. No ha podido esperar algunas semanas; ella y su cómplice se han aunado para herirme, para asesinar me. Pero ¡ay de ellos! les castigaré. Valiéndome del decheo que me da el que sea mi esposa, la encerraré, la haré sufrir y le enseñaré lo que es un marido agraviado. ¡Ah! no tendré misericordia de ella, y al infame que me la ha arrebatado, le mataré.

Julio descendió de nuevo y se encaminó hacia su coche.

Los criados de la quinta de Enghien estaban hablando entre sí. La inesperada partida de Federica y de la señora Trichter, las idas y venidas de Daniel, la llegada del conde y la palidez de éste al entrar en la quinta, todo les había dado á sospechar una revolución doméstica, y asumían el gesto á la vez curioso é indiferente con que los criados asisten á las catástrofes de sus amos.

—¡A París!—dijo Julio.

Al llegar éste á San Dionisio, empezaba á oscurecer.

De improviso, y poco después de haber dejado atrás esta población, al ir á embocar el puente echado sobre el Sena, al conde le asaltó un pensamiento, y dando orden al cochero de que se detuviese, se apeó atolondradamente.

—Aguardadme aquí—dijo al auriga.

Y alejándose, avanzó hasta bastante distancia á lo largo del río, casi desierto del todo á tal hora y en tal sitio.

Los últimos resplandores del día, alejados poco á poco por las sombras, daban á las aguas el obscuro brillo del acero pulimentado.

Julio continuó avanzando durante diez minutos; luego se detuvo en un lugar donde el agua formaba un remanso y tendió una mirada á su alrededor. A sus pies había un como pequeño promontorio, muy cómodo para los pescadores de caña, que penetraba en las aguas del río, y detras de él un relieve del terreno protegía aquella angosta lengua de tierra, que, además, y por un exceso de precaución, estaba velada por una cortina de chopos.

En todo el espacio que dominaba la mirada no se veía una sola casa.

—Bueno es el sitio y profunda el agua—dijo Julio riendo con amargura.

Y después de dirigir una nueva mirada en torno de sí, se volvió tranquilamente á su coche.

—¡Volando!—dijo el conde.

—¿Al palacio?—preguntó el cochero.

—No, á Menilmontant, á casa del señor Samuel Gelb.

Cuando Julio llegó á la morada de su amigo, había ya cerrado completamente la noche.

—¿Está en casa tu amo?—preguntó el conde al criadito que acudió á abrir la puerta.

—No, señor—respondió éste.

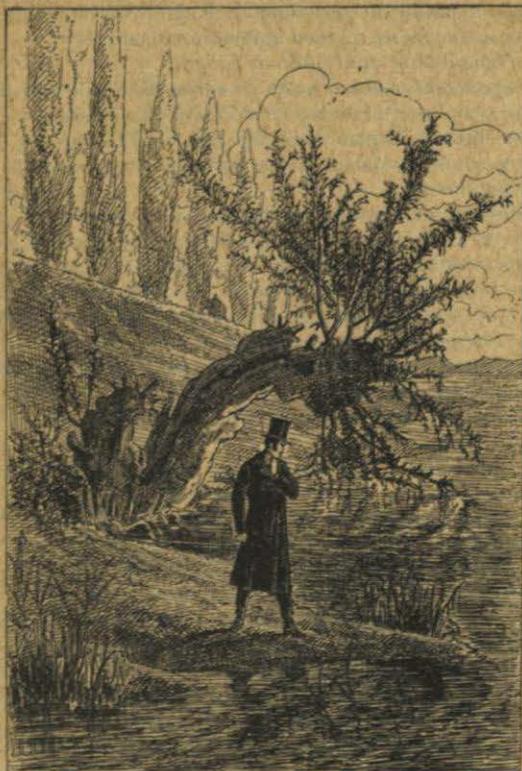
—¿Dónde está?

—Ha tenido que asistir á una comida campestre.

—¿Dónde?

—Lo ignoro. Me ha dicho que no le aguardase, porque se recogería muy tarde.

—¡Ah! es verdad—dijo Julio, recordando la comida de Maisons, de que Samuel le había hablado.—Pero ¿no la dieron ayer la comida esa?



—Bueno es el sitio y profunda el agua...

—No, señor—respondió el criadito—la dan hoy.

Era tal el trastorno que experimentara la vida de Julio, que éste no acertaba á creer que lo ocurrido hubiese pasado en un solo día; parecía imposible que no hubiesen transcurrido sino algunas horas entre su situación pasada y su situación presente.

—A la embajada de Prusia—dijo el conde al cochero.

Una vez en el patio del palacio, Julio se apeó y se encaminó directamente á las habitaciones de Lotario, á cuya puerta llamó inútilmente. En esto pasó uno de los criados de la embajada, y al verle, Julio le preguntó:

—¿No hay nadie en las habitaciones de mi sobrino?

—Vucencia sabe sin duda que el señor Lotario está en el Havre.

—¿Y su ayuda de cámara?

—Acompaña al señor Lotario.

—¿Sabéis cuándo debe regresar éste?

—No, señor.

—¿Me sería posible entrar en el cuarto de mi sobrino?

—Voy á ver si el portero tiene la llave.

El criado bajó, dejando á Julio entregado á la creencia de que en el cuarto de Lotario iba á hallar tal vez algún papel que le pondría en antecedentes.

Pero á poco regresó el criado, diciendo que el portero no tenía la llave.

—¿Está en Palacio el señor embajador de Prusia?—preguntó Julio.

—No, señor conde—respondió el criado,—ha ido á la tertulia del señor ministro de Estado.

—Está de Dios que no halle á nadie en parte alguna—dijo entre sí el conde de Eberbach.

El cual se hizo conducir nuevamente á su casa y se encerró en su dormitorio.

Julio no se acostó. ¿Para qué? Acosado por los pensamientos que le bullían en la mente, dormir le era imposible; ni siquiera se le ocurrió intentarlo. Lo que hizo fué tomar un libro para dar treguas á la lucha moral que estaba sosteniendo; pero pronto advirtió que tenía los ojos clavados en una línea misma y que no acertaba á zuzcir lógicamente las palabras, que parecían entregadas á una danza fantástica. Así pues, tiró el libro y aceptó resueltamente el coloquio con su pensamiento.

Durante toda la noche, la fiebre, el dolor y la ira trajeron á mal traer aquel cuerpo vacilante y moribundo. Por el conturbado y doliente cerebro del infeliz conde cruzaban los sentimientos y las resoluciones más opuestos, y cuando con saña terrible se apoderaba de él la sed de venganza, ideaba las violencias más atroces; todo castigo le parecía suave para la monstruosa ingratitud con que le habían pagado aquellos en cuyo pro sacrificara su fortuna y su tranquilidad.

—La bondad no es sino una bobada—decía entre sí Julio;—ahora sufro las consecuencias de mi generosidad. Como yo no hubiese permitido á Federica que se separara de mí, no me la hubieran robado; de no haber yo tenido la delicadeza de tratarla como á hija, se habría acostumbrado á ser mi mujer. He obrado de un modo absurdo y necio, y ahora es demasiado tarde para precaver el mal. Pero acabóse mi abnegación y mi generosidad; en adelante voy á ser para los demás lo que éstos para mí; nada de compasión; ojo por ojo, diente por diente; seré malo, implacable, desapiadado.

Pero luego, repentinamente y sin transición, se le aplacó la cólera, y murmuró:

—Pero yo me tengo la culpa, no debí casar con Federica. Al comparar su edad con la mía, debí conocer que nuestra unión era incompatible; y en cuanto á Lotario, debí asimismo comprender su tristeza y su partida. Demás, habiendo prometido, como prometí, no ser para Federica sino un padre, no me cabe derecho alguno á estar celoso, pues no hay padre que se ofenda de que su hija ame á un joven que la corresponde. Yo soy quien he hecho mal al tomar como he tomado un amor que yo mismo he consentido y alentado; yo el que he quebrantado mi juramento no respetando lo convenido. ¿Cómo Federica y Lotario no han podido creerse desligados de un pacto que yo mismo he roto el primero?

A no tardar, empero, asaltáronle de nuevo el furor y el deseo de venganza, y se le secaron las lágrimas en los ojos, cuyas miradas volvieron á despedir iracundas llamaradas.

Al filtrar por los intersticios de los postigos la primera luz del alba, Julio no había cerrado todavía los ojos, sin embargo de lo cual no experimentaba la menor fatiga; y es que una energía febril sobrexcitaba su debilitada organiza-

ción, y en aquel momento de arrebató había dejado de existir materialmente para convertirse todo en alma.

—Conozco que esta crisis va á matarme—decía el conde para sus adentros;—mejor; pero antes mataré yo.

Llegada la mañana, Julio se puso á escribir una tras otra gran número de cartas. Luego abrió su papelera, tomó de ella su testamento y lo quemó; hecho lo cual se puso á extender otro, en cuya tarea se interrumpió de vez en cuando para sonreirse con amargura.

—¡Ah! —dijo el conde hablando consigo mismo—no habrán ganado tanto como imaginan. Ellos han labrado mi desventura, yo les empobrezco; han vaciado mi casa, yo vacío su bolsa. ¡Ah ladrones! no me heredarán.

A eso de las diez, y terminado, sellado y cerrado en el sitio del otro su nuevo testamento, Julio se vistió y se hizo conducir á la embajada, donde aun creía que iba á hallar á Lotario.

—No habrá sido tan majadero que se haya embarcado con ella para conducirla á América—dijo para sí el conde.—El temor de hacerse desheredar le habrá detenido. De fijo que se la ha llevado á algún rincón ignorado, á alguna aldea alejada de aquí unas treinta leguas, donde cree que no les descubriré, y después de instalarla bajo un nombre supuesto, habrá regresado apresuradamente para presentarse y desviar toda sospecha. Y lo bueno será que cuando yo le hable de la desaparición de Federica, su admiración aparentemente será superior á la mía. Luego, una vez nos hayamos visto, cuando con mis propios ojos me haya convencido de que no está con ella, pretextará que los asuntos de la embajada le obligan á emprender un nuevo viaje para asistir á algún embarco de emigrantes en el Havre; y se saldrá de París para reunirse á ella. Pero vive Dios que se equivoca de medio á medio si cree que voy á dejarle obrar á su antojo. Que vuelva, y yo le juro que no partirá otra vez.

El coche se detuvo en el patio del palacio de la embajada. Julio se apeó, subió la escalinata y tiró del cordón de la campanilla, á cuyo son un criado acudió á abrir la puerta.

—¿Está mi sobrino?—preguntó Julio.

—Sí, señor conde, está con el embajador—respondió el criado.

—Se cumplen mis previsiones; ha regresado—dijo entre

sí Julio, bajando de nuevo y encaminándose al despacho del embajador.

—Voy á anunciar al señor conde—dijo un ujier á quien éste encontró en el camino.

—Es inútil—profirió Julio.

Y atravesando una antesala, penetró en una piececilla que precedía al gabinete del embajador, en la que se detuvo por haber oído, al través de la semi entornada puerta, la voz de Lotario.

—Por esto he regresado—decía el joven,—y me he apresurado á hacerlo para dar noticia de mi comisión. Ya ve, empero, vucencia, cuán urgente es que me vuelva.

—¡Está claro!—pensó Julio.

—Es necesario que mañana me encuentre allá abajo—prosiguió Lotario.

—¡Ya lo creo!—exclamó Julio no pudiendo contenerse por más tiempo.

Y empujando violentamente la puerta, penetró, pálido, sombrío y rechinando los dientes, en el gabinete.

Lotario y el embajador volvieron el rostro.

—¡El conde de Eberbach!—dijo este último saludando.

—¡Mi tío!—profirió Lotario, avanzando para estrechar la mano á Julio, pero retrocediendo al instante al notar el desfigurado, colérico y siniestro semblante de éste.

—¿Conque—repuso el conde de Eberbach fijando en su sobrino una mirada de fuego—os volvéis mañana?

—Esta tarde misma—respondió Lotario, que al parecer no comprendía el alcance de tal pregunta.

—¡Esta tarde!—repitió Julio con furor reconcentrado y quitándose el guante de la mano izquierda.

—¿Halláis algún impedimento en ello?—preguntó el joven.

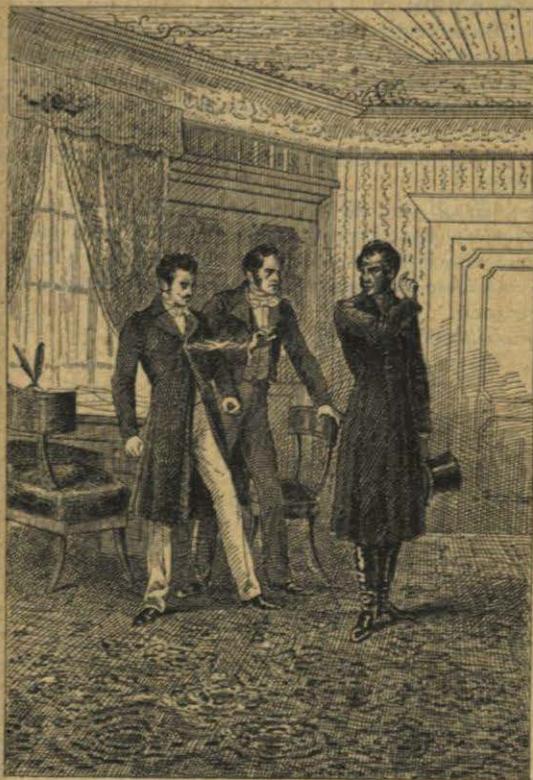
—Ninguno—respondió el conde,—con tal que estéis vivo.

—Y con acento terrible y arrojando su guante al rostro de Lotario, añadió con voz terrible:—¡Sois un canalla!

El joven, al sentirse en la faz el contacto del guante, se precipitó sobre su tío; pero haciendo un poderoso esfuerzo sobre sí mismo, se refrenó prontamente y dijo con mal reprimida rabia:

—Sois mi tío y mi superior.

—No—repuso Julio con voz tonante,—ni lo uno ni lo otro. Casé, sí, con la hermana de vuestra madre; pero muerta ella, quedan rotos todos los vínculos de parentesco; en cuanto



—¡Sois un canalla

á lo demás, he dejado de ser superior vuestro desde el instante en que presenté mi dimisión. Ante vos no hay sino un caballero que os ha insultado en presencia de otro caballero y ratifica el insulto y os repite que sois un canalla, ¿ois? ¡un canalla!

—¡Señor conde!—dijo el embajador.

—¡Basta!—exclamó Lotario con acento de amargura.

—¡Ah! ¡empezáis á sentir la afrenta!—profririó Julio;—pues bien, dentro de un cuarto de hora recibiréis dos palabras más y haréis lo que os prescribiré en ellas. Hasta la vista.

Y volviéndose hacia el embajador, el conde de Eberbach añadió:

—Pido mil perdones á vucencia por haberme propasado á escoger su casa para esta escena necesaria; pero era menester que estuyese presente un hombre de honor á fin de que la ofensa fuese completa, y vos habéis sido el primero en quien he pensado.

Julio saludó y se salió.

VIII

León asechando su presa

Eran las doce y media de la noche cuando Samuel regresó del banquete de Maisons á su cubil de Menilmontant, á cuya puerta llamó dos ó tres veces sin que su criado acudiese á abrir.

—¡Marcelo! ¡Marcelo!—gritó Gelb, acompañando sus voces con el ruido de la campanilla.

Por fin el criadito acudió al llamamiento, empuñando una linterna sorda y dirigiendo la luz al rostro de su amo.

—Soy yo—dijo Samuel;—abre pronto.

Marcelo abrió la reja.

—Creí que ibas á hacerme dormir al raso—dijo Samuel atravesando el jardín.—Venturosa edad, añadió con ironía, en que los remordimientos no le impiden á uno dormir como un tronco; pero sabe que el dormir de un modo tan pesado está más permitido á los niños que á los criados. ¿Acabará de despertarte?

Por más que el muchacho se restregaba los ojos, los párpados volvían á cerrársele, y, cual si estuyese borracho de sueño, se tambaleaba, amenazando dar consigo en tierra; pero el frescor de la noche iba venciendo poco á poco su somnolencia.

—Cierra la puerta—dijo Samuel al criadito, una vez los dos hubieron penetrado en la casa.—Ahora vente conmigo á mi cuarto; tengo que hablarte.

Ya arriba, Gelb encendió una vela y preguntó:

—¿Ha venido alguno por mí?

—Sí, señor—respondió Marcelo,—un caballero.

—¿Quién?

—El señor conde de Eberbach.

Samuel no manifestó la menor extrañeza.

Por más que á las tres de la tarde hubiese dejado á Julio inquieto respecto de Federica, y debiese haber sospechado que semejante visita hecha inmediatamente después de haber aquél visto á su mujer, debía de tener relación con tal inquietud, no pareció preocuparse poco ni mucho.

—¿No te ha dado encargo alguno para mí el conde?—preguntó Samuel con indiferencia.

—No, señor. Le he dicho que vos no estabais en casa y que no os recogeríais temprano. Me ha parecido que le sabía mal el no haberos encontrado, pues ha hecho un gesto de contrariedad; luego se ha subido de nuevo á su coche y ha partido.

—¿Y aparte del conde ha venido alguien más?

—No, señor.

—Está bien. Ahora escucha y vuélvete todo oídos. Voy á darte mis instrucciones para mañana. Presta atención, porque como te equivoques en un solo gesto ó siquiera en una sola sílaba en cuanto debes hacer ó decir, te despido; en cambio, si ejecutas puntualmente y con maña mis órdenes, te ganas cien pesetas.